

LA BATALLA DE LA VIDA.

HISTORIA DE AMOR.

POR CARLOS DICKENS.

PRIMERA PARTE.

En tiempos pasados, poco importa la época, y en la vieja Inglaterra, el lugar no hace al caso, dióse una batalla terrible. Esto fué en una larga mañana de verano y la tiñosa yerba estaba verde. El día aquel, mas de una flor silvestre, obra del omnipotente artista y formada para recibir el rocío en su aromático cáliz, sintió llenarse de sangre hasta rebosar, su carnalada corola, y se inclinó amortecida sobre su tallo. Mas de uno de esos insectos que se pintan con los colores exquisitos de las hojas y de las yerbas puras se vió manchado aquel día en la sangre de los moribundos y en medio de su espanto señaló su tránsito con huellas extrañas. La matizada mariposa halló salpicada de sangre la punta de sus alas, hasta allá en el aire donde revoloteaba. El riachuelo se tiñó de rojo. El suelo hollado se volvió un charco, y mil agnazales de sangre, ahondados por los pies de los hombres y de los caballos, espejearon lúgubramente con los rayos del sol.

Librenos el cielo de presenciar los espectáculos que en el aquel campo de batalla contempló la luna cuando elevándose por encima de la línea negra de las lejanas colinas, subió por el cielo y descubrió la llanura sembrada de cabezas, ca-

bezas que reclinadas en otros tiempos en el regazo de la amante madre, habían disfrutado de su tierna mirada ó dormidose apaciblemente allí! Librenos el cielo de saber los secretos murmurados después por el viento corrompido que sopló sobre la escena en que se consumó la obra de aquel día fatal! Bastantes lunas solitarias han alumbrado el campo de batalla, bastantes estrellas le han velado durante muchas noches luctuosas, y bastantes brisas corriendo de todos los puntos del globo, han pasado por aquellos lugares, antes que las señales del combate se hayan borrado.

Estas señales llegaron poco á poco á desvanecerse, pues la naturaleza que es superior á las negras pasiones de los hombres, recobró en breve su serenidad y se mostró halagüeña al campo crimoso de batalla, así como lo había hecho en los inocentes días.

Cantaron las alondras en los aires; deslizándose por la yerba, los prados y los bosques para arrojarse en el deslumbrador horizonte donde se extinguen los rojos resplandores del sol, persiguéronse las sombras de las fugitivas nubes. Sementáronse y segáronse muchas cosechas; el arroyo cuyas aguas habían sido enrojecidas

dió vueltas á las ruedas del molino; alegres los hombres sulcaron con su arado la tierra; los espigadores y los guadañeros formaron en aquel mismo campo unos grupos laboriosos; allí pacieron rebaños; los muchachuelos acosaron allí las aves con sus gritos; despidieron remolinos de humo las chimeneas del lugarejo; repicaron apaciblemente las campanas del domingo; nacieron y murieron las generaciones; las criaturas tímidas del campo y las sencillas flores de los matorrales y de los verjeles brotaron y se marchitaron cuando se hubo completado el tiempo que les diera el cielo de vida: y todo esto en el áspero y sangriento campo de batalla en que tantos millares de hombres habían perecido durante el formidable combate.

Pero, allá en los primeros tiempos, en medio del trigo tierno, extendíanse unas capas de un verdusco triste, que nadie veía sin terror. De año en año volvieron á aparecer estos rastros espesos y todos sabían que bajo el fértil suelo aquel, muchos montones de hombres y caballos enterrados, aquí y allá, mantenían aquella fecundidad. Los hombres que laboreaban la tierra retrocedían á la vista de los disformes gusanos que allí hormigueaban. Las gavillas que allí se segaban fueron por muchos años nombradas gavillas de la batalla, y se conservaron aparte. Por mucho tiempo, á cada surco que se abría se descubría algun resto de la hid. Por mucho tiempo hubo en el campo de batalla árboles lastimados, fragmentos de paredes despanzurradas, allí donde habían ocurrido encuentros desesperados. Por mucho tiempo no hubo en el lugarejo muchacha alguna que se pusiesen el seno ó en los cabellos una flor que en aquel campo de muerte se diera, por suave que fuera la flor. Y después de muchos años, todavía se notaba que las moras cortadas en aquel campo dejaban unas manchas muy vivas en la mano.

Sin embargo las estaciones, pasando con la ligereza de los nublados veraniegos, acabaron hasta con estos últimos restos del antiguo combate; y tanto hizo el tiempo, que las memorias de antaño se cambiaron en leyendas y en cuentos de viejas, que servían para pasar las noches en los tiempos de frío. Allí mismo donde las flores silvestres y las moras habían estado tantos años intactas sobre sus tallos, trázáronse verjeles; levantáronse casas, y muchos chicos jugaron "á la guerra" en los verdes céspedes. Tiempo hacía que los árboles heridos se empleaban en las hogueras de Noche buena y se consumían echando chispas. Ya no se acordaba nadie de las mazorcas de trigo tan notables de antaño ni menos de aquellos cuyo polvo estaba revuelto con la tierra. De tiempo en tiempo la reja del arado desenterraba todavía algunos fragmentos de metal enmohecido; pero trabajo costaba adivinar el uso que de ellos se hubiera hecho en otros tiempos, y los que lo atinaban se soltaban en sapientísimas discusiones. Una coraza vieja y abollada y un casco llevaban tanto tiempo de estar colgados en la iglesia, que los ancianos cuyos ojos debilitados los distinguían ya á duras penas, se acordaban de haberlos contemplado en sus tiempos con admiración. Si los guerreros muertos en aquel campo de batalla hubieran podido revivir por un momento, solo un momento, con las formas que á la hora de la muerte tenían, cada uno en el sitio que le servía de tumba, no pocos miles de soldados mutilados y pálidos se habrían aparecido, unos cerca de quietos hogares, otros en los verjeles, en los prados y en el arroyo que hace dar vueltas al molino; tan cambiado así estaba el campo de batalla en que habían perecido estos hombres durante el tremendo combate.

En ninguna parte quizá eran mas notables estas transformaciones, habrá de es-

to unos cien años, que en un pequeño vergel anexo á una casa vieja de piedra con un pórtico colgado con madreselva.

En una preciosa mañana de otoño retumbaba este vergel con risadas y músicas, y dos mocitas bailaban alegrementé sobre la yerba, mientras unas lugarreñas, encaramadas en unas escaleras para cortar manzanas, olvidaban su ocupación por mirar á las mocitas y tomar parte en su alegría. Era este un espectáculo grato, animado, natural: estaba hermosísimo el día, era retirado el sitio, y las dos jóvenes, ajenas de todo cuidado y rebosando candor, bailaban y bailaban con la alegre y franca libertad de sus corazones.

Si la sujeción y la rigidez desaparecieran del mundo, creo yo y cuento con que opinara conmigo el lector, que nos iría mucho mejor y que la sociedad ganaría cuanto no es imaginable. Un gusto era ver cómo bailaban las dos muchachas, sin mas testigos que las cortadoras de manzanas. Contentísimas estaban las bailadoras de divertirse á sí mismas; á lo menos así lo hubiera entendido cualquiera; de suerte que ni se podía dejar de admirar, ni tampoco las muchachas podían dejar de bailar. ¿Cómo bailaban!

No lo hacían como una bailarinas de ópera: nada de eso. No lo hacían como las primeras discípulas de una señora quitada: ni por pienso. No era cosa de cuadrillas, ni de minués, pero ni aun de baile campesino; no era un baile al estilo antiguo ni al estilo moderno, ni al estilo francés ni al estilo inglés; sino si algo quizá al estilo español, el cual, por lo que me han dicho, es libre, alegre y agraciado de una manera deliciosa la inspiración que comunica el paloteo de las castañuelas.

En tanto que las dos muchachas bailaban entre los árboles del vergel y al rededor de los bosquecillos, la influencia de

sus aéreos movimientos parecía, sobre la escena iluminada por el sol, como un círculo que se extiende en el agua. Sus cabellos volando por el aire, sus vestidos agitándose, la elástica yerba que pisaban, las ramas que crujían con el aire de la mañana, las hojas que brillaban caprichosamente y sus sombras reflejadas sobre la blanda alfombra verde, la aromática brisa que acariciaba al paisaje, y se recreaba de hacer dar vueltas al lejano molino, todo esto, todo en fin lo que se hallaba entre las dos muchachas y el hombre que allí en el campo inmediato estaba trabajando con sus bueyes y su arado, todo parecía estar bailando.

Al fin, la más joven de las bailadoras, jadeando y rebosando gusto se tiró sobre un banco para descansar. La otra se reclinó contra un árbol. La orquesta, compuesta de una arpa y un violon, sintió también la necesidad de tomar un poco de descanso.

Las mujeres que estaban encaramadas en las escaleras dejaron oír murmurios de aplauso; luego, siempre susurrando, volvieron á la obra como unas laboriosas abejas.

Quizá este aumento de actividad era efecto de la repentina llegada de un genitlero bastante entrado en edad, el cual no era ni mas ni menos que el doctor Jeddler en cuerpo y alma; pues la casa y el vergel pertenecían al doctor Jeddler y las dos bailadorcillas eran hijas suyas. Al oír el son de los instrumentos acudía á ver "quién diablos" estaba dando música en sus tierras antes de la hora de almorzar; pues era un gran filósofo él, y no tenía mucho afecto á la música.

—¡Música y baile hoy! dijo el doctor suspendiéndose y hablando consigo. Pensaba yo que tenían este día. Pero ¡si vivimos en un mundo de contradicciones!

¡Hola, Engracia! ¡hola, Maruca! agregó en voz alta, ¿está hoy el mundo mas loco de lo de costumbre?



El doctor Jeddler.

—Vede con alguna indulgencia si es así, padre, respondió la menor, Maruca, llegándose muy cerquita del doctor á quien se quedó mirando cara á cara; pues es el cumpleaños de una persona.

—El cumpleaños de una persona, Maruca? repuso el doctor. ¿No sabes tú que no hay día que no cumpla años alguien? ¿No has oído nunca decir cuántos actores nuevos entraban en esta... ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡quién puede hablar con formalidad de eso... en esta disparatada y ridícula farsa que llaman la vida?

—¡No, padre!

—¿Con que no? No me admiro de ello; tú eres una mujer... mujer poco mas ó menos. A propósito, aquí el doctor clavó la vista en la linda cara que tenía casi

pegada á la suya, á propósito, ¿no es hoy el día que cumples años?

—¡Mucho que sí, padre! exclamó la hija favorita del doctor adelantando la frente para recibir un beso.

—¡Nora buena! dijo el doctor dando un beso á la muchacha, te deseo la vuelta alegre y muy repetida de este... ¡qué ocurrencia!... de este día. ¡Qué ocurrencia tan cómica! dijo para sí el doctor, ¡qué idea tan cómica esta de desear cumpleaños felices en un entremés como este! ¡Famosa ocurrencia! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

Era el doctor Jeddler, como ya lo tengo dicho, un filósofo de cuenta, y el fondo, el secreto de su filosofía consistía en considerar al mundo como una chanza de gran tamaño, como un disparate demasiado descomunal para que ningún hombre entendido le tomara por lo serio. Su sistema de fe había formado en un principio, como vais á verlo, parte integrante del campo de batalla, como vais á comprenderlo en breve.

—Y ¿cómo os habeis hecho de la música? preguntó el doctor; ¿de dónde han salido esos ministriles?

—Los ha mandado Alfredo, respondió Engracia, componiendo en los cabellos de su hermana unas flores que con su admiración por la tierra hermosa de aquella le había puesto media hora antes y que el baile había descompuesto.

—¡Ah! ¿con que Alfredo es el que ha mandado los ministriles?

—Sí. Se encontró con ellos muy de mañana saliendo de la ciudad á tiempo que él entraba. Y como hoy es el día de cumpleaños de Maruca, Alfredo, deseoso de obsequiarla, los ha mandado acá con una esquela escrita con lápiz anunciándome una serenata en obsequio de Maruca, si yo lo llevaba á bien.

—Sí, ya sé, dijo con deseno el doctor, Alfredo no da paso sin consultarte.

—Ahora bien, estando yo conforme, dijo Engracia con buen humor y haciendo una pausita para recrearse, en una preciosa actitud, con la linda cabeza en que estaba componiendo las flores, estando yo conforme y hallándose Maruca en buena disposición para bailar, he hecho como ella, y con tantas ganas, que hemos bailado con la orquesta de Alfredo hasta perder el resuello. Y esta música nos ha gustado mas por ser de Alfredo. ¿No es verdad, Maruca de mi alma?

—No sé, Engracia. ¡Cómo me mueve con Alfredo!

—¿Te muelo hablándote de tu adorador?

—De veras que me importa un bledo el oír hablar de él, dijo la perrenque deidad arrancándole las hojas á las flores que en la mano tenía y tirándolas. Sí, ya casi me fastidia el oír hablar de él; y por lo que hace al título de adorador. ...

—¡Calla! no te expliques así tan de ligero, ni aun en chanza, de un corazón sincero que es todo tuyo. ¡No hay en el mundo corazón mas leal que el de Alfredo!

—¡No, no! dijo Maruca levantando graciosamente sus cejas con traza de completa indiferencia, puede que no. Pero yo no encuentro mucho mérito en eso. Yo... no le pido esa grande sinceridad... nunca jamás se la he pedido... Si espera que yo... Pero mi vida, ¡á qué hablar de Alfredo ahora?

Daba gusto ver el gracioso grupo que formaban las preciosas jovencillas, paseándose asidas una de otra, entre los árboles y platicando con amorosa ternura. Los ojos de la menor estaban repletos de lágrimas y á despecho de sus palabras advertíase por la aparente acrimonia de sus palabras que se albergaba en su corazón una pasión profunda.

Cuatro años á lo sumo se llevaban las dos hermanas; pero como sucede con fre-

cuencia entre las hermanas que han quedado huérfanas de madre, y estas habían perdido la suya, Engracia por su cariño y su dedicación á su hermana parecía de mas edad de lo que en realidad era.

Las reflexiones del doctor, mientras la vista seguía á sus hijas y sin dejar de oír lo que decían, se cifieron al principio á unas meditaciones divertidas con relación á los amores y á las aficiones, y á esa pueril imposición establecida sobre ellos mismos por la juventud que siempre queda burlada, no obstante... ¡siempre!

Nunca pensaba el doctor en preguntarse si sus hijas tomaban por lo serio la vida. Cierto es que el doctor era filósofo.

—¡Bretaña! dijo llamando el doctor... ¡Bretaña! ¡hola!

Un hombrecillo de cara tosca y avinagrada salió de la casa y respondió con acento regañón:

—¿Qué hay?

—¿Dónde está la mesa para el desayuno? preguntó el doctor.

—En casa, respondió Bretaña.

—¿Os pondreis en disposición de tender la aquí conforme se os dijo anoche que lo hiciérais? ¿No sabeis que esperamos visitas? ¿que hay algo que hacer en esta mañana antes que pase el faeton? ¿que el caso en que nos hallamos no es de todos los dias?

—Yo no podia echar mano á nada, doctor Jeddler, antes que las mujeres hubiesen traído las manzanas; ¿no es verdad?

—Norabuena, y ¡ya acabaron! dijo el doctor mirando á su reloj... ¡Vamos! prosiguió estregándose ambas manos una con otra, ¡vamos, daos prisa!... ¿Dónde anda Clemency?

—Aquí me teneis, señor, respondió una voz que salía de una de las escaleras, mientras dos piesazos bajaban vivamente los escalones. Ya está concluida la obra. Marchad, muchachas... En un pensamiento estará todo listo.

A estas palabras Clemency se puso á la faena con increíble energía y unas andaduras cuya rareza justificará bastante una palabra de introducción.

Tenia cosa de treinta años. Su cara era bastante agraciada, bien que con mucha frecuencia tomaba una expresión de seriedad que le daba una traza cómica. En cuanto á su facha y á sus modos bastaba verlos para olvidar su cara y todas las caras del mundo. Decir que tenía ella dos piernas izquierdas y los brazos de otro cristiano, que estos cuatro miembros parecían separados de sus ataduras y se veían mover sin concierto siempre que se ponían en movimiento; decir esto es dar un bosquejo demasiado ligero de la realidad. Decir que ella estaba muy bien hallada con estas cosas cual estaban dispuestas y que las consideraba como indiferentes, que tomaba á sus brazos y piernas como venían y que les permitía que dispusiesen de sí á su antojo, es hacer débilmente justicia á su ecuanimidad. Usaba un par de zapatos prodigiosos, independientes y voluntarios que nunca querían ir adonde sus piés iban; unas medias azules, un vestido pintado de varios colores y del gusto mas refinadamente detestable; por encima, un delantal blanco. Siempre andaba en mangas cortas. En general veíase encaramado en su cabeza un gorro, bien que rara vez se le encontrase en el sitio que ordinariamente ocupa este tocado mujerial. Ahora, bueno será añadir que de piés á cabeza, siempre guardaba una limpieza escrupulosa.

Tal era en su exterior y su vestir Clemency Newcome¹. En cuanto á su nombre, suponíase que por corrupeion se habia trocado de Clementina en Clemency; pero no habia quien lo supiera, pues su vieja madre sorda, verdadero fenómeno de edad á quien aquella habia sustentado,

cási cási desde su niñez, habia muerto, y no tenia otro ariente ni pariente.

Estaba Clemency afanada tendiendo la mesa, delante de la cual se paraba cada rato, cruzando sus brazos encarnados y desnudos, y estregándose los codos hasta que advirtiéndose que faltaba algo, arrancaba de repente á traerlo.

—Aquí vienen los dos abogados, señor, dijo Clemency con un acento muy poco afectuoso para con las personas cuya venida anunciaba.

—¡Ah! salió el doctor encaminándose á la puerta para recibirlos. ¡Buenos dias, muy buenos dias! ¡Engracia, vida mia! ¡Maruca! Aquí están los señores Snitchey² y Cruggs... ¿Dónde está Alfredo?

—No debe de tardar seguramente, respondió Engracia... Tenia tantas cosas que preparar esta mañana para su marcha, que al amanecer se levantó y se fué... Buenos dias, señores.

—Señoras, dijo Snitchey, por mí y por Cruggs (este saludó), os doy los buenos dias... Miss, añadió dirigiéndose á Maruca, os beso las manos (y lo hizo en efecto), y os deseo (lo cual podia ser ó no ser verdad, pues á primera vista no tenia él cara de ser muy cariñoso para con sus prójimos), os deseo cien cumpleaños felices como este.

—¡Ja! ja! ja! saltó el doctor riéndose con semblante preocupado y metiéndose en los bolsillos las manos, ¡un setenta en cien jornadas!

—¡Á que no habiais de querer, dijo mae-se Snitchey poniendo contra uno de los piés de la mesa un taleguito azul que contenia las "cosas" de su profesion, á que no os habia de gustar, sobre apuesta, por ningun camino, que se cortara la representación del sainete para esta jóven actriz, doctor Jeddler?

¹ Snitchey.

² Cruggs.

—No, replicó el doctor, ¡no lo permita Dios! Dios le conceda de vida, para divertirse con ella, tantos años cuantos le sea dable divertirse, y exclame entonces con el ingenioso francés: Ya se acabó el entremés, bajad el telón.

—El ingenioso francés no tenía razón, doctor Jeddler, dijo maese Snitchey, registrando en su taleguito azul, y vuestra filosofía es de todo punto errónea, como es lo tengo mil veces repetido. ¡Nada hay serio en la vida, decid! ¿Y la ley?

—Chanza, respondió el doctor.

—¿Habeis litigado alguna acusacion en vuestra vida? preguntó maese Snitchey levantando de su talego la vista.

—Nunca, repuso el doctor.

—Si llegais algun dia á veros en ello, quizá quizá opinareis de otro modo.

A estas razones, Craggs que parecia estar representado por Snitchey y faltar de todo sentimiento de individualidad, hizo no obstante una observacion exclusivamente suya: esta observacion incluía la única idea que no poseyese por mitad con Snitchey, aunque es cierto que muchos hombres entendidos participen de ella.

—La ley es fácil en demasía, dijo maese Craggs.

—¿Os parece? saltó el doctor.

—Sí, respondió maese Craggs. Lo mismo son todas las cosas en el dia. Ene es el vicio de nuestra época. Si el mundo es una chanza. . . . no estoy de punto de sostener lo contrario. . . . si el mundo es una chanza, deberían hacer que esta chanza no fuese tan ligera. El mundo, señor mio, debería ser una contienda tan recia cuanto dable fuera. Y no que le hacen mas llano de lo regular. Untan de aceite las puertas de la vida, cuando deberían dejar que se enmohecieran. En breve las vereis empezar á girar, á abrirse y cerrarse con un ruidillo grato, cuando el caso es que rechinen sobre sus goznes, señor mio.

Maese Craggs parecia rechinar, él sí sobre sus goznes, al soltar su opinion, á la cual comunicó un efecto estupendo, pues era él un hombre frio, duro y seco, vestido de gris y de blanco, muy semejante á un guijarro, con unas chispillas en los ojos, dispuestas á brincarse al primer choque.

Con toda formalidad puede creerse que los tres reinos naturales tenían, cada uno, un representante extravagante en la asamblea de argumentadores. Snitchey era la verdadera imagen de una urraca ó de un cuervo, fuera de lo lustroso y bruido del plumaje, y el doctor tenía una cara rugosa como una manzana de invierno, con un hoyuelo aquí y allí, para figurar los picotazos de las aves; ostentaba además una puntita de cola que le colgaba sobre la espalda de la casaca.

Al ver á un guapo jóven en traje de viaje, acompañado de un mozo cargado de bultos, entrar en el vergel con firme paso y con un semblante de alegría y esperanza en armonía perfecta con lo hermoso de la mañana, los tres hombres se adelantaron juntos, como los hermanos de las Parcas¹, ó como las Gracias² admirablemente disfrazadas; ó si se quiere, como tres hechiceros en el matorral. Llegáronse al jóven y le cumplimentaron.

—Felices dias, Alfredo, dijo el doctor con ligereza.

—Cien años disfrutad como este hermoso dia, señor Heathfield³, dijo Snitchey haciendo un profundo saludo.

—Como estel profirió entre dientes Craggs, con voz melancólica.

—¡Ah! exclamó Alfredo suspendiéndose: uno. . . dos. . . tres. . . profetas si-

¹ Nombre de las tres diosas de la fábula que hilaban, dividían y cortaban el hilo de la vida de los hombres. Hermanas eran las tres, y llamábase Cloto, Láquesis y Átropas.

² Diosas, emblema de todas las cualidades amables.

³ Jéfil.

nuestros, ante el vasto horizonte que se tiende á mi vista. Por fortuna no sois vosotros los primeros con quienes hoy topo; pues habria visto el encuentro como un mal agüero. Engracia ha sido la primera. . . la amable, la preciosa Engracia. . . Y de suerte que desafío á todos vosotros.

—Si no os enojais, señor mio, "yo" soy á quien habeis visto primero, acordaos bien, dijo Clemency Newcome; miss Engracia se andaba paseando por aquí antes de la salida del sol, os acordareis, y yo estaba en casa.

—¡Es verdad! Clemency ha sido la primera, dijo Alfredo. Entonces, os desafío con Clemency.

—¡Ja! ja! ja! . . . por mí y por Craggs, ¡qué desafío! dijo Snitchey.

—¿Quién sabe! repuso Alfredo estrochándole cordialmente las manos al doctor, á Snitchey y á Craggs.

Luego, mirando en torno de sí:

—¿Gran Dios! exclamó, ¿dónde están las. . .

Y partiendo con una precipitacion que produjo entre Jonatan Snitchey y Tomás Craggs una aproximacion mas íntima de la que habian convenido, hizo alto en el sitio donde estaban juntas las dos hermanas; y quizá al verle apersonarse á Maruca primeramente y luego á Engracia, reparó el maese Craggs que eran demasiado fáciles los modos del jóven.

Para no dar lugar á observaciones, el doctor Jeddler se dirigió al punto á la mesa, en donde todos se acomodaron para desayunarse. Engracia presidia, habiéndose situado de manera que separaba á Alfredo y á su hermana de los demás convidados. Snitchey y Craggs estaban sentados en extremos opuestos, con el talego bien colocado en medio de ellos dos, para mayor precaucion. . . El doctor por su parte, tomó su lugar ordinario, enfrente de Engracia. Clemency sirvió galvánica-

mente la mesa, mientras el melancólico Bretaña, en calidad de escedero trinchante, partía un solomo de vaca y un permil.

—¿Vaca? preguntó Bretaña, acercándose á maese Snitchey con tenedor y cuchillo en la mano, y despidiéndole como un proyectil su pregunta.

—Sin duda, contestó el abogado.

—¿Vos tambien? dijo Bretaña á Craggs.

—Magra y bien cocida, respondió este.

Bretaña, cuando hubo servido á estos señores así como al doctor, sin hacer caso de los convidados que no daban á manifestar que tuviesen mucho apetito, mantábase tan cerca de los dos socios cuanto lo permitia la buena crianza: luego siguió con mirar severo las maniobras de sus tenedores. Una sola vez perdió algo de su austeridad la expresion de su fisonomía y esto fué cuando maese Craggs estuvo á punto de ahogarse por querer tragar sin mascar, atento á que sus muelas no eran de las mejores.

—Alfredo, dijo el doctor, hablemos algo de negocios mientras nos levantamos de la mesa.

—Mientras nos levantamos de la mesa, repitieron Snitchey y Craggs que no tenían traza de pensar en quitar el dedo del renglón.

Bien que Alfredo no se hubiese desayunado y que pareciese tener bastante que hacer por la ocasion, respondió respetuosamente:

—Mandad, señor.

—Si pudiera haber algo serio, comenzó el doctor, en una. . .

—Una farsa semejante, señor, apuntó Alfredo.

—En una farsa semejante, repitió el doctor, seria tal vez la circunstancia que nos reúne, en la vispera de una separacion, de un doble cumpleaños, circunstancia á que se juntan multitud de pensamientos halagüeños para cada uno de nos-

otros, así como las memorias de unas relaciones antiguas y afectuosas. Eso no nos llena.

—¡Ah, sí, sí, doctor Jeddler! dijo el joven, eso llena nuestro objeto á las mil maravillas, como lo puede atestiguar hoy mi corazón, y como tambien lo atestiguará el vuestro, lo sé, si le dejáseis hablar. Hoy me ausento de vuestra casa, hoy cese de ser vuestro pupilo. Nos separamos con relaciones de afecto que se extienden muy lejos tras nosotros sin poder jamás volver á ser como antes y con sentimientos muy nuevos.

Aquí Alfredo bajó sus ojos á ver á su vecina.

—Mil cosas tengo que decir sin tener ánimo pera hablar. ¡Vamos! ¡vamos! ágredgelo con cierto calor, entre este gran monton de polvo y de tonterías, se halla un germen serio. Doctor, confesemos hoy que sí hay uno.

—¡Hoy!... exclamó el doctor. ¡Oíd! ¡Jal jal jal de todos los dias del año, este dia es el mas abundante en locuras. En efecto, en tal dia como esto fué cuando se dió la gran batalla en este sitio. En este mismo lugar donde estamos sentados, donde he visto esta mañana bailar á mis dos hijas, donde acaban de cortarse para nuestra mesa los frutos de esos árboles cuyas raíces están enterradas en puras osamentas y no en la tierra... en estos mismos lugares, han sido cortadas tantas existencias que, bien presente lo tengo, después de una sucesion de generaciones, se ha cavado bajo nuestras plantas un cementerio de osamentas. Sin embargo, en esa batalla no se podian contar cien hombres que supiesen por qué causa peleaban, y entre los vencedores no habia cien hombres que pudiesen explicar el júbilo insensato que engendró en ellos la victoria. No se han hallado cincuenta hombres á quienes haya sido de provecho. A esta hora

no se hallarian seis de acuerdo sobre la causa y los resultados de aquella jornada. En una palabra, nadie ha sabido nunca nada cierto sobre el particular. Solamente lo han sabido los que han llorado á las victimas. . . . ¡Ahora yo soy el que se pone serio! añadió el doctor riéndose. ¡Qué sistema!

—¡Pero todo eso, replicó Alfredo, me parece á mí muy serio!

—¡Serio! gritó el doctor. Si admites semejantes cosas como serias, te volverás loco sin remedio, ó te costará la vida, ó irás y te prepararás en la punta de un monte y te harás ermitaño.

—Después de todo. . . ¡hace ya tanto tiempo de eso! dijo Alfredo.

—¡Hace mucho tiempo! repuso el doctor. ¿Sabes lo que el mundo no ha parado de hacer desde entonces? ¡Crees que el mundo haya hecho otra cosa? ¡Por mí, no lo creo!

—Ha litigado un poquito, insinuó maese Snitchey revolviendo su cuchara dentro de su taza de té.

—Bien que los expedientes hayan sido siempre demasiado fáciles, añadió su socio.

—Y me dispensareis que lo diga, doctor, prosiguió maese Snitchey, pues en el curso de nuestras discusiones mil veces os he comunicado mi opinion, á saber: que yo descubro un lado serio. . . y en realidad. . . un fin determinado en el sistema legal que hoy se usa.

En este momento Clemency Newcome topetó tan violentamente contra un ángulo de la mesa, que la loza chocó de una manera capaz de causar cuidado.

—¡Hola! ¿qué sucedió? exclamó el doctor.

—Es ese malvado saco de enredos, dijo Clemency, que siempre anda entre las piernas de la gente!

—¡Iba yo diciendo, prosiguió Snitchey, y con determinada intencion, una cosa dig-

na de ser estudiada. ¡La vida, decís, es una farsa, doctor Jeddler? ¡Con las leyes á nuestra disposicion?

—Soltóse á reir el doctor y volvió sus miradas hacia Alfredo.

—Os concedo, si quereis, que la guerra es una insensatez, dijo Snitchey. Sobre este punto vamos acordados. . . No defendiendo yo la vida en lo general, volví estre-gándose las manos; la vida abunda en locuras, en cosas peores que locuras, en propietas de confianza, de desinterés, de propia abnegacion, etcétera, etcétera. ¡Bah! bah! bah! acá sabemos bien lo que valen.

Pero siempre no debe uno reirse de la vida, por la razon de que tenemos que jugar en ella un juego serio, ¡muy serio! Todo el mundo juega con nosotros, ¿no es verdad? y nosotros jugamos contra todo el mundo. ¡Oh! ¡es cosa muy interesante! Se hacen maniobras hábiles en el tablero. ¡Ahora bien! doctor Jeddler, no riamos sino cuando ganemos y aun así no riamos muy recio. ¡Ja! ¡jal jal! ¡Y aun así no riamos demasiado! repitió Snitchey meneando la cabeza y guiñando el ojo.

—Ahora, Alfredo, ¿qué dices de eso?

—Yo lo que digo es que el mas señalado favor que podais hacerme á mí y creo que tambien á vos mismo seria el que os esforzáeis por olvidar de tiempo en tiempo vuestro campo de batalla, por este otro mas grandioso campo de batalla que es el de la vida, al cual ilumina todos los dias el sol.

—En realidad yo temo que eso no pueda templar sus opiniones, señor Alfredo, dijo Snitchey. . . . ¡Reparad que los combatientes están muy ardientes y muy encarnizados en esta batalla de la vida! ¡Qué de personas no son heridas en la cabeza y por detrás! ¡Cuántas otras no son despanzurradas y pisoteadas! En resumidas cuentas, es una cosa miserable.

—Yo, señor Snitchey, dijo Alfredo, en-

tiendo que hay contiendas y victorias pacíficas, muchos grandes sacrificios de sí propio, actos nobles de heroísmo, aun en medio de las futilidades y de las aparentes contradicciones del mundo, y estas grandes cosas, no porque no tengan ni testigos ni cronistas terrestres dejan de ser muy ardus de ejecutar. Sirvenles de teatros cotidianos unos ignorados retiros, interiores modestos y apartados; en suma, corazones de hombres y de mujeres de los cuales bastaria con uno solo para reconciliar con el mundo al misántropo mas triste, y para darle esperanza y fe en este mismo mundo, aun cuando las dos cuartas partes de sus habitantes estuviesen en guerra y otra cuarta en liigios: ya veis á cuánto me extiende.

Atentas escuchaban las dos hermanas.

—¡Bien, bien! dijo el doctor, yo soy demasiado viejo para que me conviertan, ni aun mi amigo Snitchey ni la buena de mi doncella, hermana Marta Jeddler, que en tiempos pasados tuvo sus pesares, y que desde entonces pasa su vida simpática con toda laya de gente; la cual en resumidas cuentas es tan de vuestro parecer. . . con la diferencia de que como es mujer tiene menos meollo y mas terquedad. . . que no podemos convenirnos y nos vemos muy de tarde en tarde. Yo he nacido en este campo de batalla, por este otro campo de batalla, desde chiquito comencé á fijar mi pensamiento en la verdadera historia de un campo de batalla. Sessenta años van pasados por mí y nunca jamás he visto al mundo cristiano, el cual encierra sepa Dios cuántas amantes madres é hijas bastante buenas como por ejemplo las mias; nunca jamás he visto, digo, á este mundo de otra suerte sino apasionado á los combates. Las mismas contradicciones militan en todo. Preciso es reir ó llorar en vista de estas cosas y yo prefiero reir.

—¡Breña que habia prestado la mas pro-

funda y melancólica atención á cada orador, pareció de repente decidirse en pro de la opinión del doctor, si es que el gruñido sordo y lúgubre que se le escapó podía tomarse por una expresión de asenso y simpatía. No obstante, su rostro se mantuvo tan perfectamente indiferente, antes y después de la explosión, que por mas que dos ó tres convidados hubiesen tratado de saber de dónde provenía el ruido misterioso, nadie se receló nada de Bretaña.

No así Clemency Newcome, la cual empujándole con el codo le preguntó muy quedito y con acento de reprensión, de qué se reía.

—¿No es de vos! dijo Bretaña.

—¿Pues de quién?

—De la humanidad, respondió Bretaña.

—¡Vaya una gracia! Con el amo por un lado y sus abogados por el otro se vuelve cada día mas imbécil, dijo Clemency aplicando á Bretaña un codazo como por vía de estímulo. ¿Sabeis dónde estais? ¡Tratais de que os den la puerta de la calle!

—Yo no sé nada, dijo Bretaña con ojos y semblante muertos. Nada pido, nada entiendo, nada creo, de nada necesito.

Esta manifestación de su condicion debía de ser exagerada, como que era efecto de un arrebató de desaliento; con todo, Benjamin Bretaña, á veces nombrado Pequeño Bretaña, habia definido su verdadera situación mas exactamente de lo que pudiera suponerse. A fuerza de oír repetir los numerosos argumentos que dirigía el doctor á diversas personas para probar que su propia existencia era, á todo tirar, un yerro ó un absurdo, el desdichado sirviente habia caído por grados en tal mar magnúm de sugerencias confusas y contradictorias, procedentes de lo interno y de lo externo, que se perdía en las honduras de sus propias burlas. El único punto que él comprendiese claramente era que el

nuevo elemento introducido en las discusiones por parte de Snitchey y Craggs nunca servia para despreciarlas mas y parecia dar siempre al doctor una especie de ventaja. Por tanto, él achacaba á los dos socios la culpa del estado de su cabeza y los miraba por lo mismo con soberano desprecio.

—Pero nosotros no tenemos que ver con eso, Alfredo, dijo el doctor. Hoy me acaba mi encomienda de tutor, y después de haberte empapado en la instrucción que la escuela inmediata podia dar de sí y en lo que tus estudios en Londres te han añadido, te separas de nosotros para entrar en el mundo. Ahora eres libre, y mucho antes que hayan corrido los tres años que segun el deseo de tu pobre padre vas á pasar en las escuelas de medicina extranjeras, nos habrás olvidado.

—Antes que os olvidara. Pero bien sabeis que no sucederá tal cosa; para qué tratar de persuadirlos lo contrario! dijo riéndose Alfredo.

—Yo no sé, replicó el doctor. ¿Qué te parece, Maruca?

Jugando con su taza, Maruca aparentó decir, pero no lo dijo, que le daba licencia de que la olvidara, si podía. Engracia apretó contra sus labios las mejillas encendidas de su hermana y púsose á sonreírse.

—Yo, así lo entiendo á lo menos, no he cumplido mal mi encomienda, prosiguió el doctor; pero como mis poderes terminan hoy mismo, aquí tienes á nuestros buenos amigos Snitchey y Craggs con un saco que han traído lleno de papeles, cuentas, para el traspaso de las sumas y otros chismes de esta especie; y vas á firmar y á cargar con todo eso.

—Para actuar en presencia de testigos, conforme lo prescribe la ley, dijo Snitchey empujando su plato y sacando del talego los papeles que su socio extendió sobre la

mesa, yo y Craggs como que habemos sido curadores, para la administración del capital, necesitamos que vuestros dos rivales pongan su firma en las piezas. . . ¿Sabeis leer, mistress Newcome?

—Yo no soy casada, respondió Clemency.

—¡Ah! dispensadina. No me cogo de nuevo eso, dijo entre dientes Snitchey.

—¿Sabeis leer?

—Algo, dijo Clemency.

—¿En el libro del matrimonio, eh? insinuó el abogado con tono jocoso.

—No, dijo Clemency; es muy difícil. No sé leer mas que en un dedal.

—¡Leer en un dedal repitió Snitchey.

¿Qué es lo que estais hablando, criatura?

Clemency meneó la cabeza.

—Y en un rallo de nuez moscada, repuso.

—¡Esta mujer no está en sus cabales!

dijo Snitchey mirando de hito en hito á Clemency.

En esto saltó Engracia y explicó que como estaban grabados en el dedal y el rallo unas sentencias, aquellos componían la biblioteca portátil de Clemency Newcome, mujer muy poco literata, fuera de eso.

—¡Ah! ahora yo doy en el busilis, dijo Snitchey riendo. Yo tenia á Clemency por una idiota. Y de veras, no hay cosa que mas lo parezca, agregó entre dientes.

Y ¿decidme lo que leais en vuestro dedal, mistress Newcome?

—No soy casada, señor mio, respondió Clemency.

—¿Pues Newcome, entonces! ¿Estais conforme? Ahora Newcome, ¿qué leais en vuestro dedal?

Antes de responder á esta pregunta, Clemency abrió una bolsa, en cuya hondura metió la vista en busca del dedal que no estaba allí. Entonces registró en otra bolsa, de la cual sacó un pafuelo, un cabo de vela, una naranja magullada, un pe-

niqúe, un estuche, unas tijeras, unas botitas de algodón y un dilvio de otras cosas que pasaba sucesivamente á Bretaña. Por último, enseñó con cara muy satisfecha el rallo y el dedal.

—Ahora, criatura, dijo Snitchey, vamos viendo lo que dice el dedal.

—Dice, respondió Clemency leyendo despacito al rededor del dedal, dice: Olvidad y per-do-nad.

Snitchey y Craggs soltaron la carcajada.

—¡Oiga! dijo Snitchey.

—¿Qué máxima tan fácil! exclamó Craggs.

—¿Qué bien explica á la naturaleza humana! dijo Snitchey.

—¿Cómo se explica á los lanceos de la vida! añadió Craggs.

—¿Y el rallo? preguntó el jefe de la asociación.

—El rallo dice, respondió Clemency: Haced á los demás lo que quisieredes que á vos se os hiciera.

—Haced á los demás lo que "no" quisieredes que á vos se os hiciera, querais decir, dijo glossando la sentencia muese Snitchey.

—No entiendo, dijo Clemency meneando la cabeza, no soy abogado.

—Si esta fuera abogado, doctor, dijo Snitchey volviéndose á este último como para precaver las consecuencias á que podia dar margen la réplica de Clemency; si fuera abogado, me temo que no dejaria de advertir que ese sentimiento es grato á los mas de los litigantes. Bajo este punto de vista sí son serios ellos. Pero á nosotros nos echan las pedradas. En nuestra profesión, nosotros cási no venimos á ser mas que unos espejos, bien visto todo, caballero Alfredo; pero en lo general nos consultan unas gentes discolias y pendencieras

1 Moneda española ó inglesa (penya) que vale dos granos de la nuestra. Dico pafuelo (piano), hacen un chelin (dos reales); y veinte chelines (chilings), una libra ó pound (cinco pesos).

que no se presentan con todas sus ventajas; y no deja de haber su imprudencia en que se enfaden con nosotros, pues que nosotros reflejamos aspectos feos... Entiendo explicarme por mí y por Craggs.

-Sin duda alguna, dijo este.

-Y ahora, repuso Snitchey examinando los papeles, si maese Breña se sirve darnos una gotita de tinta, sin pérdida de tiempo firmaremos estos papeles antes que nos coja desprevenidos el paso del faeton.

A juzgar por las apariencias, el faeton habria tenido tiempo sobrado para pasar cien veces, pues maese Breña se mantenía embebido en sus reflexiones, preguntándose allá para sus adentros lo que debía pensar de los abogados, de los clientes, del doctor, del rallo y del dedal, todo junto y revuelto en una estupenda confusión.

Por fortuna, Clemency que era el buen genio de Breña, aunque la considerase este como una criatura completamente falta de inteligencia, Clemency, pronta siempre á ser útil, trajo un tintero y presió á Breña el servicio de volverle en sí, metiéndole el codo entre las costillas.

Sentíase Breña en la mayor perplejidad al pensar que iba á poner su nombre al pié de unos papeles importantes en que se versaban considerables sumas. De suerte que el doctor se vió en el caso de obligarle, en cierta manera, á dar su firma, lo que no hizo, á pesar de todo, sino después de haber terqueado por leer los diversos documentos, por mas que se quedase en ayunas de lo que querían decir. Por último, firmó; pero ya que se hubo llenado esta formalidad, se afigió como un hombre que acaba de hacer renuncia de sus derechos y sus bienes. Entonces el talego azul tomó á sus ojos una importancia misteriosa que le preocupó vivamente. En cuanto á Clemency Newcome, soltóse á reír con todas sus ganas al

considerar su entono y su pedantería, y luego, plantando sus dos codos en la mesa, púsose á pesear la vista, con admirada traza, por todo lo que presente tenía. Cuando le tocó, dió su firma y hubiera dado este mundo y el otro por ponerla en todos los papeles presentes y futuros, y pues la vista del negro líquido produjo en ella el mismísimo efecto que produce la vista de la sangre en el tigre.

Por fin, el doctor se halló descargado de sus cuentas de tutela, y Alfredo se encontró en libertad de emprender el viaje de la vida.

-Breña, gritó el doctor, id á pararos en la puerta y espíad la llegada del faeton. ¡El tiempo vuela, Alfredo!

-Sí, señor, contestó el jóven con viveza. ¡Engracia de mi vida! una palabra... ¡Escuchadme! Nuestra hermana... tan jóven y tan hermosa, tan hechicera y tan admirada, cara á mi corazon sobre todas las cosas... ¡os la confío!

-¡Siempre la he mirado como un depósito sagrado, Alfredo! Ahora la queré mucho mas y creed que cumpliré fielmente mi promesa.

-Os creo, Engracia. Y ¿quién es el que no os creyera al contemplar vuestro rostro y al oír vuestra voz sincera? ¡Ah, excelente Engracia! ¡si yo tuviera vuestro corazon firme y recto, vuestro apacible ánimo, con qué valor me ausentaría hoy de esta casa!

-¡Es verdad! dijo ella con una serena sonrisa.

-Y con todo, Engracia... hermana, debía yo mas bien decir.

-Decidme hermana, interrumpió Engracia; ese nombre me agrada mucho.

-Pues bien, hermana mia, dijo Alfredo, yo envidiaba vuestras virtudes; pero vale mas que estén en vos, pues vos nos serviréis aquí á los dos; nos hareis mejores y mas felices. ¡Y con todo esas vir-

tudes me serian bastante útiles para sostener mi valor!

-¡El faeton bajando la cuesta! gritó Breña.

-El tiempo vuela, Alfredo, dijo el doctor.

Maruca se mantenía aparte, clavados en el suelo los ojos; pero al oír el grito de Breña, Alfredo se allegó á ella y tiernamente la condujo á los brazos de su hermana.

-Estaba yo diciendo á Engracia, querida Maruca, que yo le confiaba mi valioso tesoro al partir. Cuando vuelva yo para volver á pedir os mi amor, y que tengamos á nuestra vista la perspectiva brillante de nuestra unión, uno de nuestros primeros gustos será el ocuparnos en la felicidad de Engracia, el anticiparnos á sus deseos, el demostrarle nuestro tierno agradecimiento y el pagarle la deuda que hemos contraído con ella y cuyos intereses van á aumentar bastante.

Tenia Maruca una mano en la mano de Alfredo, y puesta la otra sobre el hombro de su hermana. Sus ojos en que se encontraba una expresion que participaba á un tiempo de la ternura, de la admiracion, de la pena y del sobresalto, los tenía clavados en los ojos plácidos y alegres de su hermana.

Contemplaba ella las facciones de aquella su hermana como si aquellas facciones hubiesen sido las de algun ángel glorioso. Las miradas de Engracia abrazaban á la jóven pareja.

-Y cuando llegue el tiempo como debe llegar algun dia, prosiguió Alfredo... no sé cómo es que aun no ha llegado... pero Engracia lo sabe, ella que nunca se engaña... cuando ella necesite de un corazon amigo para depositar todos sus secretos en él, y para hallar en él ese apoyo que nos ha prestado, Maruca, qué fieles no le seremos y qué júbilo no sentiremos

cuando sepamos que ella, nuestra querida y buena hermana, ama y es amada tanto como lo deseamos!

Pero la jóven no cesaba de mirar á su hermana, sin volver los ojos á su novio.

-Y cuando haya pasado todo eso, prosiguió Alfredo, cuando seamos viejos, y hablemos de las cosas de antaño; cuando nos comuniquemos nuestros pensamientos, nuestras esperanzas, nuestros recelos... cuando traigamos á la memoria la hora de nuestra separacion, preguntándonos cómo hemos tenido ánimo para pronunciar la palabra á dios...

-¡Ya cruzó el faeton por el bosque! vocó Breña.

-Sí, estoy listo, respondió Alfredo.

Luego, quedito á la niña:

-Y cómo nos habremos vuelto á reunir, cuán felices habremos sido, á despecho de todas las cosas, haremos ese dia el mas hermoso del año, y le celebraremos como un triple cumpleaños... ¿Qué decís, Maruca de mi vida?

-Sí, apresuróse á decir la hermana mayor con una sonrisa celestial. ¡Sí, Alfredo!... Pero ya es tiempo de partir. Despedidos de Maruca... ¡Y el cielo os acompañe!

Estrechó el jóven á Maruca contra su corazon; pasó esta de los brazos de su novio á los de su hermana, y tornó á clavar sus ojos en los ojos serenos, plácidos y alegres de Engracia.

-A dios, hijo, saltó el doctor. Hablar de serias correspondencias, de afectos serios, de juramentos, etcétera, etcétera, en un caso como este... ¡Ah! ¡ah!... ya me entendeis... sería un desatino, confesámelo. Todo lo que puedo decir es que si tú y Maruca se están en las mismas estrambóticas disposiciones de ánimo, no me negaré á mirros uno de estos dias.

-¡Por el puente! gritó Breña.

-¡Pues llegue norabuena! ¡acabe de

llegarl' dijo Alfredo agarrándole al doctor la mano y apretándosela con fuerza. ¡Acordaos de cuando en cuando de mí, amigo mio, tutor mio, lo mas seriamente que sea dable! ¡A dios, caballero Snitchey! ¡já dios, caballero Craggs!

—¡En la bajada del camino! vociferó Bretaña.

—Clemency Newcome, un abrazo en memoria de nuestro antiguo conocimiento. . . venga esa mano, Bretaña. . . Maruca, alma mia, ¡já dios! Hermana Engracia, ¡acordaos!

Engracia encomendó su respuesta á una expresiva y clara mirada que arrojó al jóven; pero Maruca se mantuvo impassible.

A la puerta estaba el facton. Cargóse en dos viajes el equipaje.

Partió el coche. Maruca no salió de su inmovilidad.

—Está revoloteando el sombrero para darte su postrera despedida, amor mio, dijo Engracia. El esposo de tu eleccion, vida mia. ¡Mira!

Levantó la jóven la cabeza y la volvió un rato. Luego, mirando sin pestañear á su hermana, y encontrándose con su mirar apacible y sereno, echóse á su cuello sollozando.

—¡Oh, Engracia! ¡Dios te bendiga! No puedo llevar mis ojos por allá. ¡La vista esa me clava el alma!

CHARADA.

A LA SEÑORITA DOÑA JESUS ALEMAN DE VALENZUELA.

Si de esta charada el nombre
Quisieres adivinar,
En el vestido de un hombre
Fácilmente le has de hallar.
Solo tres sílabas tiene,
Y la primera te da
"Una letra poco usada,
De nuestro A B C vulgar."
La segunda solamente,
Es un signo musical,
Y con la tercera unida,
Vienen estas á formar:

Un sacrificio (ó su nombre),
Y es sacrificio que el hombre
Al templo va á celebrar.
Primera y última son
De las que puedes sacar,
Nombre de la habitacion
Que tiene comodidad.
Otras cosas sacaría
Del nombre de mi charada,
Pero hacerla mas cansada
A imprudencia pasaría.

FRANCISCO P. MARTINEZ.

La solución en el próximo número.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR:

Ropa.—Paja.—Roja.—Pájaro.

EL VISITAR.

Las sensaciones de júbilo que se manifiestan en nosotros cuando nos acercamos á la morada de una persona que amamos, son como el albor matutino antes de la salida del sol.

LA HERMOSURA.

Don del cielo es la hermosura en la mujer; pero si no concierta con el rostro el alma, este mismo don del cielo puede no ser sino una maldicion.

AJEDREZ.

II.

METODO PARA APRENDER SIN AUXILIO AJUNO LA MARCHA DE LAS PIEZAS.

ARTICULO I.—EL TABLERO.

EL TABLERO es una superficie plana que representa un cuadro dividido en sesenta y cuatro casas (ó casillas), alternativamente blancas y negras, treinta y dos casas blancas y treinta y dos casas negras. Cólcase el TABLERO en términos que una casa blanca formando ángulo quede siempre á la derecha del jugador.

NUMERACION DEL TABLERO SEGUN LA NOTACION DE M. KIRSERITZKY.

80	81	82	83	84	85	86	87	88
70	71	72	73	74	75	76	77	78
60	61	62	63	64	65	66	67	68
50	51	52	53	54	55	56	57	58
40	41	42	43	44	45	46	47	48
30	31	32	33	34	35	36	37	38
20	21	22	23	24	25	26	27	28
10	11	12	13	14	15	16	17	18
	1	2	3	4	5	6	7	8

ARTICULO II.

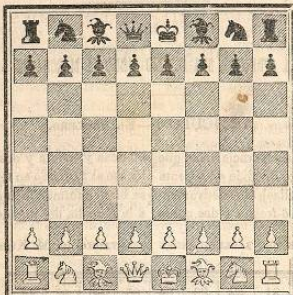
NOMENCLATURA DE LAS PIEZAS Ó TREBESIOS.

- Dos DAMAS ó REINAS; una blanca y otra negra.
- Dos REYES; uno blanco y uno negro.
- Cuatro TORRES, CASTILLOS ó ROQUES; dos blancas y dos negras.
- Cuatro CABALLOS; dos blancos y dos negros.
- Cuatro ALFILES; dos blancos y dos negros.
- Diez y seis PEONES; ocho blancos y ocho negros.
- Las piezas blancas se colocan siempre en la parte inferior del juego de la manera que está figurado en el artículo siguiente.

ARTICULO III.

POSICION DE LAS PIEZAS EN EL TABLERO Y SU MARCHA.

NEGRAS.



BLANCAS.

Los ocho peones tienen el mismo valor y toman el nombre de la pieza delante de la cual se hallan situados.

De suerte que el peon que se halla delante del rey se llama PEON DEL REY. El que está delante de la reina, PEON DE LA REINA. El de delante del alfil del rey, PEON DEL ALFIL DEL REY. El de delante del caballo del mismo lado del rey, PEON DEL CABALLO DEL REY. Por último, el de

1 Llámase ALFIL DEL REY el que está del lado del rey, y asimismo, CABALLO y TORRE DEL REY el caballo y la torre que están del lado del rey.

delante de la torre inmediata (roque ó castillo), PEON DE LA TORRE (roque ó castillo) DEL REY.

Las mismas denominaciones se aplican á los peones que quedan situados delante de las mismas piezas correspondientes de la reina ó dama, llamándose PEON DEL ALFIL DE LA REINA al de delante del alfil de la reina, PEON DEL CABALLO DE LA REINA al de delante del caballo de la reina, y PEON DE LA TORRE (castillo ó roque) DE LA REINA al de delante de la torre (castillo ó roque) de la reina.

CULPA EN AMBAS PARTES.

En las mas de las peticiones hay culpa en entrambas partes. Una peticion puede compararse con una chispa, la cual no puede producirse sin una piedra y un estabon. Una u otra pueden norabuena estar golpeando toda la vida un pedazo de madera, que no saldrá lumbre.

A LAS HERMOSAS.

¡Sois hermosa?
Pues vivid en armonía con la peregrina forma que os dió el cielo, y que la hermosura de vuestra persona os enseña á hermosar vuestro espíritu con la santidad, que es el ornato de los amados del Señor.

CUARTA EXHIBICION PÚBLICA

DE OBRAS DE BELLAS ARTES EN LA ACADEMIA NACIONAL DE SAN CARLOS.

III.

Estaban al caer las tres, hora en que la exposicion se cierra á los profanos, y nosotros como tales debiamos ir tomando el camino de nuestra casa ó de la calle por lo menos.
Así lo consideramos mi compadre y yo, y como lo consideramos lo hicimos.

Ya que estuvimos en la calle, fuera del influjo inmediato de las obras expuestas, tomé mi compadre la palabra y soltóse diciendo:

—La exhibicion, en lo tocante á la escultura, es hoy mas reducida que el año pasado. Con verdad pudiera decirse que los adelantos, si es que los hay, de los discípulos en esa clase, son muy cortos. En cuanto á la clase de dibujo, comprendiendo los principios elementales, los de la clase del yeso y los anatomías, se encuentran en un atraso que casi podría llamarse vergonzoso. Es muy sensible que los señores directores, sujetos muy estimables por todos cuantos costados, hayan descuidado, como quien dice, la clase de dibujo, pues no solamente parecernal que se vean las paredes llenas de... de... no sé qué nombres darles, sino que de mas á mas casi da eso lugar á creer que ellos no tienen el mejor concepto del público ante el cual exhiben esas cosas. ¿No parece muy natural pensar que en una academia debe ponerse un esmero, un empeño muy particular en enseñar con toda propiedad los elementos del dibujo y de la escultura, como que constituyen la basa ó fundamen-

to de las nobles artes? En la exhibicion de pinturas de fuera de la Academia se nota mucha escasez de cuadros; y casi todos son obras de extranjeros, y por supuesto, no ejecutados en el país!... Las obras de los discípulos de la clase de pintura son inferiores con mucho á las del año pasado. Es lástima que los ocupen tanto en tanto pintar, haciendo copias y cuadros de invencion, sin saber á derechas dibujar. Entre ellos hay varios que tienen excelentes disposiciones, pero infatuados hasta creerse ya unos maestros. Ahí el discípulo que ya pinta, no sabe dibujar una estatua, y mucho menos del natural, como lo pregona lo que se ha presentado en los años anteriores: en cuanto á anatomía y perspectiva, tampoco están aventajados, á causa de que... yo no sé. Ni son de los discípulos los cuadros de invencion que hemos visto, que mucho han de tener del maestro: sin embargo, ¿quién ha dicho que un maestro de pintura ha de enseñar la composicion? podrá enseñar, si, las reglas científicas del arte, pero nunca podrá infundir en el talento del discípulo cómo se ha de pintar, verbí gracia, á Dios, porque esto es exclusivo del ingenio, peculiar al talento del pintor. Un cuadro de invencion es una idea nueva; una produccion original; y ¿cómo se puede comprender que una produccion original se haga entre dos? El maestro y el discípulo humanamente no pueden pensar de un mismo modo; luego si un cuadro de inven-

cion se ejecuta bajo la direccion de otro, el tal cuadro será propiamente del que dirige, así en la concepcion de la idea como en la de las líneas, del colorido, efecto, etc., sin caberle en él al pobre discípulo mas que la ejecucion, con ayuda del maestro, viniendo á ser el pensamiento que ha ejecutado un plagio del maestro ó bien una mezcla de ideas, si acaso el maestro ha dejado algo del discípulo al corregirle. . . . Con todas estas razones podrá decirse con propiedad que los cuadros de los

discípulos del señor don Pelegrin son originales? . . . Pues bien, sean de los discípulos ó del maestro, las tales composiciones originales no están buenas. . . .

Aquí concluyan estos apuntes, los cuales se han encontrado entre los papeles de una persona á quien ocurrió repentinamente la muerte. Insértanse en este lugar, así por imitación de lo que cierto ilustre literato ha hecho utilizando de los escritos póstumos de otro cierto literato, como para completar la coleccion de ensayos curiosos sobre la "cuarta exposicion causal," pues hay razones bastantes para creer que sin estos apuntes no sería posible descubrir bien la habilidad, el acierto y la pulcritud con que está trabajado un cuadernito universal que sobre el particular corre impreso.

A UN CELAJE.

Vuela, precioso celaje,
De plata orlado y de nácar,
Abandona el horizonte
Que despeja la mañana.
Eres precursor divino,
Cuando brilla la alborada,
Del encanto de los campos
Que incienso elevan al alba.
Al verte, á mi alma viene
El recuerdo de mi infancia,
Y siente el pecho consuelo,
Y siente descanso el alma.
En la noche silenciosa,
Mientras que la luna pasa,
Entre su corte de estrellas,
Allá en la cortúlea estancia,
Veloz te he visto pasando
Como cortina de gasa,
Enfrente á la Virgen, reina
De la noche solitaria.
Cuando á orillas de algun rio
Que suave marmuraba,
Estaba yo contemplando
Triste, la miseria humana,
Me parecias el ángel
Que al hombre dormido guarda;
El ángel que mira al hombre
Lleno siempre de esperanza.
Y allí en el campo risueño,
Donde la paz encontraba,

Al verte gocé la dicha,
Al verte gocé la calma,
Porque el llanto que vertias
Sobre el césped y la grama
Era un bálsamo divino
Que daba alivio á mi alma.
Y en hermosos pensamientos
La noche pura pasaba,
En tanto que recorrias
Esas mansiones sagradas.
Hasta que cruzando el monte
Erguido, que se levanta,
Divisaba con encanto
Un horizonte de gualda.
Y era tu celaje hermoso
Lo primero que miraba,
Tú que miraste mi gloria,
Tú que miras mi desgracia.
Oh si como tú pudiera
De este mundo en breves alas,
Volar para esas regiones
Do siempre habita la calma.
Y en ese espacio brillante,
Con amor me remontara,
Y oyerá en medio del dia,
En los vapores del agua,
El himno que eleva el hombre
Cuando llora su desgracia:
Y feliz gozará siempre
La paz que anhela mi alma. — P. M.



LA OBESIDAD Y LA FLAQUEZA.

G. de GONNET, Editor.

UN ARTICULO DE ESTAMPA.

LA OBESIDAD Y LA FLACURA.

Graves y de gran tamaño son los inconvenientes, digo poco, los males de la gordura. En ciertos lances muy privados de la vida doméstica Dios tan solo sabe cómo se compondrán doña Obesinda y don Gordonio que á duras penas pueden darse el brazo en las presentaciones públicas. Un gordo no puede montar á caballo sin sofocarse ó así que su pobre caballería se rinda bajo el peso descomunal que sobre su lomo carga; no hay silla que no flaquee y se haga añicos con el inmediato contacto de un cuerpo obeso; imposible de disfrutar la delicia de las "suaves presiones," de los cordiales abrazos cuando el bulto de la barriga excede á la extensión de los brazos; y qué hacer en el aprieto de que caiga uno sea boca arriba ó boca abajo? y qué partido tomar para dar alcance á una chica de esbelto talle que se rie de uno con la impunidad que le procura su flaqueza de ella y el grosor

de uno? Ahora, entre los animales, ¿va usted á fiar la seguridad de su casa, la custodia de sus intereses á un perro obeso! ¡No, es una verdadera maldición el ser gordo!

Así hablaba don Magruncio á doña Flaquera, dama de sus pensamientos, blanco de sus tiros, estrella de su vida.

Y él tenía sobrada razón en hablar así, primero porque tenía la honra de ser un individuo eminentemente sutil, y segundo porque su novia era hiperbólicamente magra. De suerte que de un tiro elogiaba su constitución y ensalzaba la de la doña.

Decía bien don Magruncio, y aunque no faltaría que decir en desdoro de los flacos, no trataremos aquí la cuestión bajo el aspecto físico y material de lo abultado de la carne, ni de lo abundante de los huesos: muy otro y muy más filosófico es nuestro objeto.

Flaquezas morales hay de todos géneros y condiciones.

Flaqueza es en un filósofo que conocemos el despreciar todo lo que no es de él.

Flaqueza es en la generalidad de los hijos de Adán el dejarse llevar de todo lo que brilla, aunque no sea oro, de todo lo que parece, aunque no sea; flaqueza, ¡pero qué grata! el amar á las mujeres, flaqueza es. . .

Pero y ¿dónde dejamos las gorduras?





Nosotros llamamos gorduras al exceso de presuncion, en medio del defecto de

VIAJEROS.

El mentir es el privilegio de los viajeros. Desconfiad de lo que os cuentan y tomad que os chasqueen.

Uno que decia haber recorrido las cuatro partes del mundo contaba que entre las curiosidades que habia encontrado habia una de que no hablaba ningun autor.

—Esta maravilla, decia, era una col tan grande, tan alta, que debajo de cada una de sus hojas cabian cincuenta hombres de caballeria armados y todo, podian formar en batalla y hacer el ejercicio militar sin estorbarse.

Otro que le escuchaba no se entretuvo en rechazar esta bola, sino que dijo con mucha frescura, que habiendo tambien andado tierras habia visto una vez en el Japon mas de trescientos operarios ocupados en fabricar una caldera y ciento cincuenta hombres afanados en brufiirla.

—Pero ¿en qué podia emplearse tan enorme caldera? dijo el viajante.

—Seguramente era, contestó el otro al punto, para cocer la col esa que usted dice.

mérito; al exceso de vanidad, en medio del defecto de dotes; al exceso de pretension, en medio del defecto de probidad.

Y si quisiéramos aducir ejemplos, amontonar pruebas no nos escasearian; pero seria necesario, indispensable, particularizar en terminos, que al querer ó no, vendria este artículo á ser una diatriba.

¡Librenos el cielo de semejante tentacion!

X.

CRUATURAS MOLESTAS.

Las que llegan demasiado temprano, antes que estén encendidas las velas, ó antes que las señoras de la casa hayan acabado de emperejilarse; las que llegan demasiado tarde, cuando ya pasó la cena ó cuando han cenado en otra parte (y lo dan á entender) ó cuando no han sido convidadas (y el ama de casa no da á conocer); las que concurren solamente por lucir su pecho y se encuentran con que no hay piano ni acompañante, ó por lucir su habilidad en el baile y se encuentran con que no hay baile, ó por oñar y se encuentran con que no hay mas que dulces y vino, ó á coquetear y no hallan quien las conozca ó á quien conozcan; las que se empeñan en hacer mortales disertaciones en la mesa; las que bailan mal, las que bailan admirablemente, las solteras pasadas que regañan á las muchachas, los solteros pasados que toman poivos, y las sollicitas mamás que intrigan para conquistar maridos á sus hijas.

AJEDREZ.

II.

(CONTINUA.)

ARTICULO IV.

DE LA MARCHA DE LAS PIEZAS.

Colocadas las piezas como acaba de verse en el artículo precedente, el partido puede comenzarse por cualquiera de ambas partes. Juégase pues la mano, para determinar cuál ha de jugar primero, por medio de un peon negro y otro blanco que uno de los dos jugadores ha de tener en cada mano, y cuyo color ha de adivinar el otro: el color que salga designado es mano.

Los dos campos tienen las mismas maneras de comenzar. En las ocho piezas que ocupan la primera línea solamente los caballos son los que por su marcha, que adelante se explicará, pueden empeñar el partido: las otras seis no pueden obrar desde luego. Como de ordinario no se comienza por estas piezas, se pasa á exponer por donde empiezan generalmente los jugadores.

♟ 1º EL PEON, SU MARCHA. ♜

Este, mientras se halla en la segunda línea del tablero, es decir en su lugar, avanza derecho delante de sí. Cuando parte de esta línea tiene la facultad de dar dos pasos hácia adelante, es decir avanzar dos casas, pero una vez que se ha alejado de su primer lugar no puede ya caminar mas que una sola á un tiempo: sin em-

bargo, si un REON contrario se encuentra ya arrojado en la quinta casa y á pesar de esto se quieren avanzar dos casas, es decir hacerle que dé dos pasos, entonces el REON de la quinta casa puede comer al REON que se ha avanzado así (lo que se llama "comer de paso"), y el REON que come ocupa la sexta casa, ó la tercera del REON que ha dado dos pasos, de la misma suerte que si no hubiera dado mas que uno. Este lance no se presenta sino en el curso del juego. Volvamos á su marcha natural. Come segadamente, de frente, á derecha ó á izquierda, indistintamente, al REON ó la pieza que viene á situarse en una de las dos casas que su marcha ó su posicion defiende; y pónese en el lugar del REON ó del trebejo que se ha comido. Nunca puede retroceder ni para jugar derecho ni para comer. Si por su juego llega á la octava casa ó primera línea horizontal del tablero de la parte contraria, se hace ó vaele dama (ó reina) ó cualquiera otra pieza, menos rey, que plazca al jugador que le hace mover, y de allí hasta la conclusion del juego, goza de las prerogativas propias de la pieza que se ha elegido.

♞ 2º DE LA MARCHA DEL ALFIL. ♚

El ALFIL¹ avanza oblicuamente, y puede para se en cada casa de las diagonales

1 Pion (Pie, LOCO) en francés, bishop (obispo) en inglés: los ingleses le representan con la figura de una mitra.—T.